

probar con tu exemplo, que todavia reyna en su seno todo el Heroismo de los primeros siglos: *Tu lætitia Israel*: eres honor de tu Pueblo, gloria de toda la Francia, y con mas particularidad de la feliz Ciudad que te vió nacer, y te alimentó dentro de sus muros: *Tu honorificentia Populi nostri*: ¿cómo podremos, Catolicos, dejar de aplaudir un triunfo, en que por tantas razones somos interesados? pidamos al Señor, que coronó con tanta magnificencia sus virtudes, nos haga participes de su eterno triunfo en la Gloria: *Ad quam, &c.*

## S E R M O N

### PARA EL DIA DE SAN AGUSTIN.

*Dominus purgavit peccata ipsius, & dedit illi sedem gloriæ in Israel.* Eccl. 47. 19.

El Señor le libró de sus pecados, y le hizo sentar en un trono de gloria en Israel.

**N**os admireis, Señores, al oír que el Eclesiástico, en el magnifico elogio que hace de David, sin temer manchar la gloria de este Principe, diga, que cayó, y que el Señor le purificó de sus pecados: *Dominus purgavit peccata ipsius*: sabia que es tanta la flaqueza de nuestra naturaleza, que es mas digno de alabanzas el que se levanta despues de haver caído, que de reprehension el que cae.

Por eso, Catolicos, los desordenes que cometieron los hombres famosos, y lloraron despues, lejos

de disminuir en nuestro concepto su estimacion, me parece que nos los hacen mas recomendables; porque si no advirtieramos en ellos estos defectos, acaso dudáramos de si havian sido hombres; y muchas veces la única semejanza que con ellos tenemos, es el gran caudal de flaqueza que nos acompaña.

En el elogio que hoy consagro à la gloria del grande Augustino, no temeré el confesar, que cayó como David, y que como à David, el Señor le purificó de sus pecados: *Dominus purgavit peccata ipsius*: ¿Acaso Augustino penitente es de mas honor para la Iglesia, de lo que hubiera sido Augustino, si hubiera perseverado inocente: luego que la gracia le manifestó sus desordenes, ¿de qué precauciones no usó para evitar todo quanto podia renovar las cadenas de su antiguo cautiverio? ¿con qué pasos tan agigantados caminó por las sendas de la virtud? ¿con qué severidad no trató su carne rebelde? ¿con qué zelo defendió, y enseñó la verdad que antes, por su desgracia, havia ultrajado? En él todas sus acciones se ordenan à su Dios: su tierno corazon arde en su amor, y su sublime entendimiento solamente se emplea en conocerle, y darle à conocer à los demas.

Augustino fue un Santo, que con la integridad de su penitencia, correspondió à la gracia de su Dios, que le havia purificado de sus culpas: *Dominus purgavit peccata ipsius*, y un Santo que con la extension de su zelo correspondió à la eleccion que su Dios hizo de él, para que ocupase uno de los puestos de mayor honor en la casa de Israel: *Et dedit illi sedem gloriæ in Israel*: esta, Señores, es la idea que me propongo en este discurso, por parecerme la mas propia para elogiar à un Santo, à quien despues

de trece siglos mira todavía la Iglesia como modelo de Penitentes, y de Prelados; y estoy persuadido à que nada podré decir de honor en nuestro Santo, que no sea muy inferior à la alta idea, que vosotros, Católicos, tenéis formada de sus virtudes; y para que yo pueda desempeñar dignamente el grave asunto de que hoy estoy encargado, ayudadme todos à pedir à la Reyna de los Angeles me alcance de su Divino Esposo, la gracia: AVE MARIA.

## PRIMERA PARTE.

**T**Agaste, pequeña Ciudad de Africa, tuvo la felicidad de poseer à Augustino por los años de trescientos y cinquenta y quatro, imperando Constantino, hijo de Constantino el Grande. Nació de un Padre Pagano, pero de una Madre Christiana, tan zelosa de la Gloria de Jesu-Christo, como indiferente su Marido en el culto de sus falsos Dioses; y así pudo esta piadosa muger inspirar à su hijo, sin oposición alguna, las primeras impresiones, y el amor à la Fé verdadera: mamó el niño Augustino con la leche de su Madre el respeto al Santo Nombre de Jesus, y à la señal de la Cruz; acometido de una violenta enfermedad en el curso de sus estudios, pidió con instancias el Bautismo, pero habiendo cesado el peligro, se le difirió esta gracia, segun la costumbre, ò ilusion de aquellos tiempos. Esta dilacion fue muy perjudicial para el joven Augustino: el comun enemigo supo aprovecharse de ella, haciendo que nuestro Santo se dejase arrebatarse de los excesos en que precipitaba à la juventud Africana su educacion licenciosa: el mal exemplo, y las ocasiones, su-

jetaron à Augustino al imperio de la sensualidad, el desorden del entendimiento se siguió muy presto à la corrupcion del corazon, y apenas se halló en estado de conocerse, quando entregó su corazon à la sensualidad, y su entendimiento à la ambicion, y al error.

A la edad de quinze años, Epoca que pudiera llamar muy notable, si nuestro Siglo no fuera tan fecundo en semejantes exemplares, à la edad de quinze años empezaron las pasiones à hablar al corazon de Augustino; todavía no amaba, pero ya deseaba amar: empieza à freqüentar los espectaculos, y éstos hacen en él la mas viva impresion, enseñándole à conocer dentro de sí ciertos movimientos secretos, è imperceptibles, que antes sentia, sin conocerlos, y que al mismo tiempo que representaban unas pasiones fabulosas, excitaban en su corazon pasiones verdaderas: se entrega à la leccion de los libros profanos, los que sirven mas para corromper su corazon, que para ilustrar su entendimiento; se une estrechamente con unos amigos libertinos, è insolentes, que solamente saben tributar elogios al vicio, y en presencia de los quales le era preciso gloriarse, aún de aquellos delitos que no havia cometido, por no parecer mas casto, ni menos libertino que ellos: *Pudebat non esse impudentem.* (Aug. lib. Conf.)

Quisiera, Señores, que vieseis aquí à Augustino del modo que él se pinta à sí mismo; segun iba creciendo en edad, y ciencia, crecia tambien en la impiedad, y en los desordenes: *Quanto etate major, tanto vanitate turpior.* (Ibid.) hecho presa de las pasiones, que como olas de un mar tempestuoso, le arro-

jabán unas veces à un lado, y otras à otro, seguía la inclinacion, y el impetu de un corazon corrompido: *Factabar, & effundebar sequens impetum fluxus mei*: tened à bien, Señores, que pase en silencio la relacion de sus infames excesos; basta decir que Augustino amó, y fue correspondido: feliz el hombre que no halla en su corazon el retrato de Augustino pecador; y feliz tambien, el que despues de haverle imitado en los desordenes, tiene valor para imitarle en el arrepentimiento: ¿Dónde estaba yo entonces, ó Dios mio, exclama este Santo penitente? ¿Qué lejos me hallaba de las delicias de vuestra Santa Casa! es verdad que los hombres llaman flaquezas à estos excesos, ¿pero qué otra cosa son estos excesos à vuestra vista, ó Dios mio, mas que perversos frutos de un corazon corrompido, que busca en las criaturas la felicidad que no puede hallar sino uniendose à vos?

El entendimiento, Católicos, tiene tambien sus pasiones como el corazon; ya he insinuado, que la sensualidad era la pasion dominante del corazon de Augustino, y el deseo de ser admirado entre los hombres, era la pasion de su entendimiento, à la que podia facilmente satisfacer, pues hallaba dentro de sí caudal suficiente para ello: ó Patricio, sal de tu sepulcro, y verás cumplidos tus deseos. Verás à tu hijo Augustino admirado, no solamente en Tagaste, y en Cartago, sino tambien en Roma; verás que esta gran Ciudad, Señora del Universo, se dá el parabien de tener dentro de sus muros à Augustino: pero Dios, que havia determinado hacer resplandecer su misericordia en nuestro Santo, no permitia que permaneciese mucho tiempo en aquella Ciudad, valiendose, para que saliese de ella, de los mismos medios

dios que parece debian servir para lisongear su ambicion: el Governador de Roma recibió cartas del Emperador, en que le mandaba le enviase à Milan un Maestro consumado de Rethórica; y el Governador sin detenerse, elige à Augustino, para satisfacer los deseos del Emperador: nuestro Santo se pone en camino para Milan, en seguimiento de la gloria mundana; unico objeto entonces, de sus deseos; pero no sabe que al mismo tiempo que va huyendo de la gracia, ésta le está esperando, y que muy presto la divina eloqüencia del Grande Ambrosio ha de empezar à desterrar de su alma las tinieblas del error.

Un corazon esclavo de la sensualidad, facilmente se rinde à todo quanto lisongea su pasion, y asi no es de admirar que Augustino dominado de la sensualidad, se entregue al error, no obstante su amor à la verdad, y su profundo ingenio: à la corrupcion del corazon se sigue regularmente la Heregía, para poder de este modo el hombre pecar sin remordimientos; facilmente se desprecia una doctrina que es molesta à las pasiones, y se abraza con gusto la que ahoga los gritos de la conciencia: Augustino empieza à caminar con pasos de Gigante, pero es por los caminos del error: genios sublimes, humillaos, y advertid que no hay astros en la naturaleza que no padezcan eclipses.

En el siglo de Augustino hacian los Hereges Manicheos horribles estragos en el campo de la Iglesia; Fausto, uno de sus mas famosos Partidarios, se apoderó de Augustino, y no obstante estar nuestro Santo dotado de un talento muy superior al de aquel Herege, se dejó cautivar de sus alhagueñas persuasiones: Augustino se declara Discipulo de

Faus-

Fausto: ¿ò Dios mio! ¿en qué abysmos no cae el entendimiento del hombre, quando Vos le abandonais à su propia flaqueza! todavia no frequentaba Augustino la escuela de Fausto, y ya se gloriaba de ser su discipulo: el profesar la doctrina de los Manicheos, consistia, Señores, en dividir la divinidad entre dos genios, siempre opuestos; en reconocer dos Autores eternos, uno principio necesario del bien, y otro principio necesario del mal, que como crueles tiranos de nuestra voluntad, nos ímpelen à uno de estos dos extremos; en introducir en el mundo una ciega fatalidad, que dominando nuestra libertad por medio de secretas influencias, arregla nuestra suerte, y decide soberanamente de nuestro destino; en escusar al hombre, acusando à Dios, imputandole nuestros delitos, asociandole à nuestros desordenes, y haciendole complice de nuestras flaquezas: ¿se pueden pensar, Catolicos, mayores abominaciones, y extravagancias! pues esta era la barbara Heregía de que se dejó engañar Augustino: ¿gran Dios! ¿qué obstaculo este para su conversion! antes era libertino por inclinacion, y ahora lo es por systema: ¿qué podemos esperar de sus excesos!

Y Vos, ò Madre afligida, y desconsolada, illustre Monica, vos llorais la ceguedad de un hijo tan amado; vuestro justo dolor es digno de compasion, pero esperad un poco, todavia no ha llegado el momento de la gracia, y segun la prediccion de un Santo Obispo, el Dios de misericordias no ha de permitir que perezca un hijo de tantas oraciones, y lagrimas. Es verdad que es Herege, y que vive en el error, pero todavia conserva en su corazon amor à la verdad, y quisiera conocerla: vive apartado de  
Dios,

Dios, pero quisiera amarle; camina entre las tinieblas, pero busca la luz; su curiosidad le ha perdido, y su curiosidad le salvará: la misma barbaridad de sus nuevas Doctrinas, empieza à ocasionar dudas en su entendimiento, y ya desea aclarar estas dudas.

¿No es ya tiempo, Señor, de que disipeis las ilusiones que ofuscan el entendimiento de Augustino? ¿Ha nacido un corazon tan noble para amar otro objeto mas que à Vos? ¿Un talento tan soberano ha de permanecer sepultado en el error, y en la mentira? Haced, Señor, que os ame, y que por ultimo eonozca la verdad que busca: ya, Señores, está tocando Augustino aquel feliz momento: unas veces le insta la gracia con unos remordimientos, à los que no pueden aplacar todas las sutilezas del Manicheismo; otras veces le solicita por medio de las lagrimas de la piadosa Monica; otras le obliga à exclamar al oír referir à Ponciano la prodigiosa mudanza que havia ocasionado en dos Cortesanos la leccion de la vida de San Antonio, le obliga à exclamar, buelvo à decir, hablando con Alippio; ¿es posible que hayamos de sufrir esto? los ignorantes se levantan, y arrebatan el Cielo, ¿y nosotros con toda nuestra ciencia, y erudicion, hemos de permanecer sepultados en el cieno de la carne, y de la sangre? al decir estas palabras, nace en su alma un ardiente deseo de oír al Sabio Obispo de Milan, Oraculo del mundo Christiano: Ambrosio habla, ò por mejor decir, la gracia habla por boca de San Ambrosio; y Augustino, docil, oye, admira, y reflexiona; cesa el encanto, se rasga el velo, abre los ojos, y empieza à ver la luz: ahora es tiempo, ò Madre piadosa, de aumentar vuestros ruegos, y oraciones; Augustino,  
Tom. IV. Yy no,

no, ya no es Manicheo, pero todavía no es Católico: ya le estoy viendo tendido à la sombra de una higuera, poseído de una terrible tristeza, y dando libre curso à sus lagrimas, que hablando desde allí con su Dios, le dice; ¿hasta cuándo, ò Dios mio, hasta cuándo haveis de estar irritado contra mí? pero, ò Augustino feliz, suspende tus lagrimas, y escucha à la gracia que te habla, y te dice: *Tolle, lege.* Admirado Augustino con este prodigio, le parece estar oyendo la voz de su Dios; toma en las manos el libro de las Epistolas de San Pablo, abre temblando aquel mysterioso libro, y tropieza con el pasage en que se condena la vida mundana, y se establece la de un verdadero penitente: inmediatamente atemorizadas sus pasiones con el terrible golpe que las libra este Divino Oraculo, huyen, y desaparecen; cesan sus encantos, y Augustino vé con toda claridad sus imperfecciones, y defectos, y los abandona para siempre: de este modo le purificó el Señor de sus pecados: *Dominus purgavit peccata ipsius.* Es verdad, que hasta aquí hay muchos Christianos que pueden compararse con Augustino, pero si pasamos mas adelante, veremos desvanecido muy presto este paralelo: la conversion de Augustino fue tan perfecta, y durable, como sincera, y verdadera. No sucede así à muchas almas que disimulan con Dios, y dan à su Magestad las exterioridades sin darle el corazon; otras solamente se convierten à Dios en secreto, despues de haverle abandonado con escandalo; otras, aunque desean convertirse no se atreven à abandonar sus intereses temporales: otras son tan inconstantés que empiezan, y se quedan à la mitad del camino, hoy son de Dios, y mañana del

mundo, y como débiles cañas se doblan à todos los vientos: nada de esto se halla en la penitencia de Augustino: conoce sus excesos, y quiere que sea pública su conversion, para que ésta sirva de edificacion, y exemplo al mundo, al que antes havia escandalizado: opone à todas sus pasadas culpas, las virtudes contrarias, en el grado mas perfecto, y héroyco: ya os le he representado, Católicos, arrebatado del fatal torrente, que precipita à la juventud libre en el impuro abysmo de la sensualidad; quisiera poderosle representar ahora armado contra sí mismo, reduciendo, como el Apostol, el cuerpo de pecado à una estrecha servidumbre: sus ojos lascivos, que con sus impuras miradas havian dado ocasion à muchos infames deseos, son ya dos fuentes de lagrimas: su corazon penetrado de un vivo dolor, se exhala en suspiros, y sus sentidos corporales, à los que tanto havia lisongeado, se hallan reducidos à un estrechísimo cautiverio. Quisiera, Señores, poseer aquel estilo vivo, y penetrante, que se admira en las obras de nuestro Santo, para poder explicar los afectos de su corazon: para poder hablar dignamente del amor que Augustino tuvo à su Dios, era necesario experimentar lo mismo que él experimentaba, y amar à Dios del modo que él le amaba: vuestro divino fuego, ò Dios mio, abrasa, y consume todo mi corazon: *Totum enim cor meum consumit ignis tuus*; si siendo todavía catecumeno, se explica Augustino de este modo, ¿qué será, ò Dios mio, quando absolutamente esté entregado à Vos? Enjugad vuestras lagrimas, piadosa Monica; ya llegó el tiempo de cumplirse el Oraculo del grande

Ambrosio, en que os aseguro, que no podia perecer un hijo de tantas lagrimas: ya por ultimo baja Augustino su cabeza para recibir las Sagradas Aguas del Bautismo; ya temeroso de que se disminuía el ardor del sagrado fuego, que la gracia de la regeneracion acaba de encender en su alma, se retira à una soledad, para no pensar mas que en su Dios, y en los favores que acaba de recibir del Cielo: oh! retiro santo, que tantas veces le oístes supirar, ¡qué no puedas referirnos los piadosos delirios de su amor à Dios! ò hermosura eterna, hermosura antigua, y siempre nueva, exclamaba, ¿cómo he podido vivir tanto tiempo sin amaros? mucho he tardado, Dios mio, en daros mi corazon, porque he tardado mucho en conoceros; ò amor, que siempre estás ardiendo, y nunca te apagas, inflama mi corazon, abrasa mi corazon, consume mi corazon, y haz que solamente respire amor à mi Dios. Dios mio, ¿es posible que nunca he de poder amaros como Vos mereceis? no obstante, me atrevo à decir, y sé que no se engaña mi conciencia, me atrevo à decir, que os amo quanto puede amaros una criatura; apagad, Señor, el fuego del Infierno, yo solamente le temo porque os amo: destruid el Paraíso, yo solamente le deseo porque os amo: si yo fuera Dios, y Vos Señor fuerais Augustino, yo quisiera ser Augustino para que Vos fueseis Dios.

¡Qué expresiones estas, Catolicos! los Sabios del mundo las notarán de extrayagancias, pero el corazon de Augustino no conoce otras mas propias para explicar los excesos de su amor: à vista de un amor tan grande, no es ya de admirar, que Augustino manifieste mas deseo de ser abatido, que antes havia

manifestado de ser ensalzado; un corazon que tan vivamente ama à un Dios humillado, siempre anhela por los abatimientos: movido Augustino de este deseo, idea, y pone en execucion un plan, que es à un mismo tiempo asombro de la piedad, y confusion de la soberbia: él mismo hace una pública confesion de sus delitos, la que deriva à los siglos futuros, para que todo el mundo sepa, que Augustino ha sido un libertino, y un grande pecador. Procure la vanidad proporcionar à los hombres una inmortalidad que no merecen; haga ésta unos lisongeros retratos que oculten à la posteridad, lo que verdaderamente han sido, que la humildad obliga à Augustino à hacer inmortales sus pecados, para que los que lean su historia, lloren despues de su muerte las flaquezas que él tan amargamente lloró en todo el curso de su vida, despues de su conversion.

Pero aun pasó mas adelante la humildad de nuestro Santo: desvanecido con su conciencia en el tiempo de sus desordenes, se dejó llevar de la soberbia, que es regularmente el veneno que inficiona los mas sublimes talentos; pero despues de convertido, espía esta vanidad, formando él mismo un tribunal contra sus propios escritos; en él los examina, los juzga, y condena los defectos que halla en las producciones de su entendimiento.

Pudiera representaros aqui, Catolicos, à Augustino, mirando con un santo horror los cargos, y las Dignidades Ecclesiasticas, y contemplando el Sacerdocio, al que contra su voluntad quiere elevarle el Obispo Valerio, como efecto de la Divina Justicia, que quiere castigar sus pecados: pero el deseo que tengo de haceros ver à nuestro Santo, trabajando

do para establecer el Reyno de la verdad, no me dá tiempo para detenerme en otras reflexiones: en materia de humildad, nada podrá ya admiraros, Señores, en un Santo à quien haveis visto levantar los mas extraordinarios trofeos à esta virtud, en los libros de sus Confesiones, y Retractaciones.

Pasemos con la consideracion à aquella dichosa soledad, à donde se retiró Augustino despues que le iluminó la gracia: allí le veremos haciendo los primeros ensayos de su zelo: al principio se opone à los Academicos, de quienes antes havia sido ciego Sectario: manifiesta la falsedad, y extravagancia de esta perniciosa secta, que intenta reducir à problemas las mas constantes verdades: inmediatamente publica los libros de la vida feliz, de sus soliloquios, y de la inmortalidad del alma: si sale del retiro para ir à Roma, à Milan, à Cartago, y à Hipona, deja señaladas todas sus mansiones con alguna obra en favor de la Religion Católica: en una parte dá principio à su libro del libre alvedrio; en otra, en pública palæstra opone la inocencia de costumbres de la Iglesia Católica, à los desordenes de la de los Manicheos: publica consecutivamente sus libros del Genesis, el de la verdadera Religion, el de la Ciudad de Dios, los tratados acerca del Misterio de la Santissima Trinidad; pero para qué me canso, quando no es posible referir los muchos, y excelentes libros que compuso: basta decir por ahora, que quanto hasta aqui ha hecho Augustino por estender el Reyno de la verdad, no es mas que un corto ensayo de su zelo: y ya que le haveis visto corresponder por medio de la integridad de su penitencia, à la gracia con que Dios se dignó de purificarle de sus cul-

culpas, *Dominus purgavit peccata ipsius*, le vereis ahora corresponder con la extension de su zelo, à la eleccion que de él hizo el Señor, para ocupar uno de los mas honrosos puestos en la casa de Israel: *Et dedit illi sedem gloriae in Israel*, que es la segunda parte.

### SEGUNDA PARTE.

**S**I quereis, Catolicos, formar una justa idea del zelo de Augustino, figuraos quáll debe ser la ocupacion de un hombre, à quien solamente el temor de oponerse à las ordenes del Cielo, hace aceptar un puesto honroso en la casa de Israel: *Et dedit illi &c.* Unas veces debe estorvar que el hombre enemigo siembre la cizaña en el campo del padre de familias; otras veces debe cultivar este mismo campo con sumo cuidado, para que no echen raices en él las zarzas, y espinas de los vicios; y otras finalmente, debe alimentar el rebaño que está confiado à su cuidado, aun en los mas rigurosos inviernos de la miseria.

Augustino, Catolicos, cumplió exactisimamente con todas estas obligaciones de zeloso pastor: como pastor vigilante, è ilustrado descubrió los mas ocultos errores, y peleó felizmente contra quantos se atrevieron à disputar la victoria à la verdad: como pastor infatigable, instruía à su Pueblo, declarando la guerra à todos los vicios, no menos con su exemplo, que con sus palabras: y como pastor amoroso, consolaba à sus ovejas afligidas; mirando sus miserias como propias, correspondiendo de este modo à la eleccion que de él hizo el Señor, para ocupar uno de